

El educador samaritano

“Un hombre descendía de Jerusalém a Jericó...”

(S. Lucas 10:30)

Jim Epperson

Un joven transitaba abstraído en su camino por las colinas y valles de la vida. Su viaje lo llevó a través de un territorio traicionero... con peligros por doquier. Violencia, sexo ilegítimo, decepción y codicia habían venido a ser tan comunes que resultaba difícil para él identificarlos como peligros.

Estos riesgos no eran los únicos problemas que tenía que superar para llegar a destino. Bandidos perversos se habían emboscado para robarle su dignidad, valor eterno, e inocencia infantil. Vándalos se apostaron esperando atacarlo, a fin de llegar a apalcarlo como para dejarlo sin sensibilidad hacia la espiritualidad interior y los destructivos resultados de las drogas, el alcohol, y el tabaco. Y, como si el camino a Jericó no estuviera empedrado con suficientes peligros, había un obstáculo más que hacía casi imposible la posibilidad de éxito—el tiempo que ese viaje demandaría. Los elementos internos en la vida de ese joven estaban en constante conflicto. Cambios fisiológicos y perturbaciones emocionales inhibían el juicio y la toma de decisiones más acertadas.

Más aún, este muchacho nunca había viajado por esa ruta antes. El terreno le resultaba poco familiar y aunque informado de sus múltiples peligros y advertido de los ladrones y asaltantes que acechaban ese sendero, su inmadurez lo hacía incapaz de medir el impacto de los peligros que le aguardaban más adelante.

“Y cayó en manos de ladrones...”

Fue inevitable que el joven cayera presa de los bandoleros del camino. Y, lamentablemente, éstos lo despojaron de todo lo que tenía de valor. Quedó tirado desnudo, herido y sangrando, completamente expuesto a la crudeza de los elementos del mundo. Sus

creencias ingenuas en la bondad de la humanidad, vida abundante y justicia, fueron espantadas; cualquier esperanza de recuperación de su tragedia para vivir una vida de valor desapareció. La necesidad de sus acciones lo abrumaron, empujándolo a la desesperación. Necesitaba desesperadamente ayuda, alguien que cuidara de sus cortaduras, detuviera su pérdida de sangre. Alguien que aplicara bálsamo en las profundas heridas de su corazón.

“Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino...”

Un individuo con gran conocimiento espiritual se acercaba. Este profesor de Biblia y Espíritu de Profecía vivía una vida impecable para el ojo, presentaba hermosos sermones, pronunciaba oraciones elocuentes, llamaba al pecado por su nombre correcto y respaldaba las reglas y reglamentos de la institución coherente y firmemente. Era seguro que tan noble educador se detendría y salvaría este hijo de Dios. Pero, aunque vio al joven sufriendo, “pasó de largo”.

¿Por qué no se detuvo? ¿Estaba tan ocupado en su tarea de dirigente que no podía involucrarse en una tarea tan perturbadora? Posiblemente esta situación estaba por debajo de su nivel. Después de todo, él jugaba una parte importante en la obra del Señor y cumplía un papel crítico para el éxito del colegio. Tenía compromisos que cumplir y consejos que ofrecer. Como sea, este tipo de actividad no se ajustaba realmente a su descripción de funciones. Probablemente anotó en su agenda que debía llamar al decano en cuanto llegara a su casa, a fin de pedir que se hiciera cargo de este problema. O, quizás estaba tan preocupado por los muchos problemas que enfrentan los administradores escolares hoy en día, que

verdaderamente no advirtió la severidad de las heridas del joven.

“Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole...”

El siguiente en aparecer en la escena fue el catedrático del cuerpo docente del colegio. El pensador que ponía lo académico en la cima de toda lista, el que trataba constantemente de proteger la razón real de la existencia de la institución: la enseñanza de lectura, escritura, y aritmética. Consideraba que la tarea de preparar alumnos para destacarse en la universidad, era uno de los más elevados llamados que existían sobre la tierra. Finalmente, los futuros doctores, científicos, y matemáticos debían ganar una sólida fundamentación hoy para poder triunfar mañana. Este soldado académico era un cristiano consagrado y concienzudo, con convicciones firmes y un llamado superior.

Pero este hombre también pasó de largo. *“Curioso por saber lo que había acontecido, se detuvo y miró al doliente. Estaba convencido de lo que debía hacer; pero no era un deber agradable. Deseaba no haber venido por ese camino, para no haber necesitado ver al herido. Se persuadió de que el caso no le concernía”* (Elena White, *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 462).

Pudo haber razonado: “Uy! Ese muchacho necesita ayuda. Me gustaría disponer de tiempo para darle lo que necesita, pero estoy muy sobrecargado. Estoy enseñando más clases que los otros en este momento! ¿Cómo puedo ponerme ahora a hacer todavía algo más? Además, realmente no conozco este joven en profundidad, de manera que probablemente él no va a requerir mi ayuda. Quizás alguno de esos profesores populares pasará después por él. Como sea, el muchacho va a ser mucho más receptivo a su ayuda.

El Deseado de Todas las Gentes indica cuál era el problema real del dirigente y del catedrático: *“Con todas estas lecciones [‘Amaréis pues al extranjero’] el sacerdote y el levita estaban familiarizados, pero no las ponían en práctica”* (ibíd., p. 463). En otras palabras, ellos no habían internalizado las verdades y lecciones de la Biblia. Habían perdido el enfoque del llamado dirigido a un educador cristiano. Posiblemente este profesor había sido parte de aquellos *“Educados en la escuela del fanatismo nacional, [y] habían llegado a ser egoístas, de ideas estrechas, y exclusivistas”* (ibíd.).

Seguramente este docente no quería pasar de largo junto a un joven por causa de su nacionalidad o color de piel. Esa interpretación de fanatismo es la que nos

hace pasar de largo por esta parábola sin aplicarla a nosotros mismos. El *Diccionario Webster* define *fanático* como “uno que obstinada o intolerantemente está dedicado a su propia opinión y prejuicios”.

Un momento...obstinadamente dedicado a la *propia opinión* de uno. ¿Puede esto hacernos dejar de lado a una persona que está herida y dolorida? ¿Pueden nuestras opiniones preconcebidas sobre lo correcto e incorrecto, o quién tiene la culpa y quién merece esto o aquello, hacernos ciegos a las necesidades de una persona, o ciegos a nuestro propio prejuicio?

Un administrador escolar devoto de sus propias opiniones podría ser dedicado, concienzudo, prudente y capaz, pero también ciego a las necesidades de aquellos a su alrededor, por estar obstinadamente consagrado a su propia opinión. Es posible ser tan “devoto” que no internalicemos las verdades que creemos, y mucho menos practicar las lecciones que enseñamos.

Escuche bien, consagrado administrador. Escuche bien, dedicado miembro del cuerpo docente. La parábola del Buen Samaritano podría haber sido contada para Ud. también.

Al finalizar la parábola llega el ánimo. Justo cuando estamos listos a renunciar a la esperanza; justamente cuando tememos que nadie vendrá en socorro del joven, allí es cuando viene el Buen Samaritano.

“Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia”.

El reconoció la necesidad del muchacho. El vió a través de la sangre y las heridas. El miró más allá de los desagradables signos de la tragedia. Muchas veces gente joven que ha sido hecha víctima, devastada y herida interiormente, retiene un aspecto exterior que es espantoso para ser contemplado, tan repulsivo como el cuerpo desnudo y sangrante de aquél joven al costado del camino. Puede ser una fachada de rebelión y empecinamiento. Algunas veces toma la apariencia de un rostro sin expresión ni reacción. Una actitud de “y a mi qué me importa?”. En parte como un gesto de autoprotección y en parte como resultado de la destrucción interior que se ha producido. Pero un educador que puede ver más allá de esa fachada, verá al joven lastimado y atemorizado. Desesperado por recibir una mano que lo socorra. Desesperado por alguien que lo comprenda. Anhelando que alguien atienda sus heridas y frustraciones.

“Cierta samaritano...” se podría parafrasear y leer: “Cierta *profesor* tuvo compasión de él”. Nótese que no dice “un profesor con

talento sobresaliente, gran experiencia, y antecedentes impresionantes”, aún cuando podría poseer dichas cualidades. Lo más importante fue la compasión: el rasgo que califica supremamente una persona para ministrar o servir a la juventud, y que va más allá de una sobresaliente formación o de las habilidades. Compasión es sinónimo de empatía, o la capacidad de entender los sentimientos y dolores de otra persona y percibir sus necesidades reales. Esta es probablemente la más importante cualidad de un docente cristiano.

“...y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.”

Atendió las heridas externas primero. Y se sacrificó, caminando junto al herido que iba a su lado sobre la cabalgadura. El sobrecoyedor mensaje que fue lanzado al joven herido fue “Yo te cuido. Dios cuida. Tú eres importante. Tú eres merecedor de tener otra oportunidad. Merecedor de riesgo, tiempo, y esfuerzo”. Sus acciones hablaron más fuerte que lo que las palabras podían gritar. Más fuerte que una preparada clase de Biblia. Más fuerte que el requisito de lectura cumplida con el mejor libro de literatura o un video producido por los mejores realizadores. Más sonoramente que una destacada charla presentada en la capilla o la plegaria más elocuentemente pronunciada. Sus acciones hablaron claramente de todo lo que es enseñar y porqué una escuela Adventista existe.

Este docente no creía en una rápida reparación sin posteriores obligaciones. Se dio cuenta que la sanidad no se produce de la noche a la mañana. Que habría muchos días por delante en los cuales el joven necesitaría ser nutrido. Habría recaídas, cuando la sanidad habría de ser iniciada nuevamente y desde el principio. El advertía que un corazón herido necesitaba ser reparado varias veces para merecer la condición de “nuevo corazón”.

Sí, el samaritano fue un educador con visión firme, intenciones divinas y actitudes como las de Cristo, con una comprensión de las más importantes tareas redentoras de un educador cristiano. Su empatía y compasión salvaron una vida, dotaron al joven de otra oportunidad de crecer, sanar, hacer otros viajes, y llegar a Jericó.

“Entonces Jesús le dijo: Vé, y haz tú lo mismo”.

Jim Epperson, es Director de Educación de la Unión del Sur, Decatur, Georgia, EE.UU.